

do de la afamada *Purísima* de Murillo, de la *Sacra Familia* de Rafael, de la *Deposición* de Ticiano y de otras joyas de Corregio, Rembrandt, Rivera y otros. ¿Deseas saber qué cuadro de Pablo Veronés es el que tanto encomio? Este es uno de los muy populares y que, como los de los artistas mas prominentes, se ha reproducido millones de veces por el grabado, la pintura y la fotografía; este cuadro, en fin, es el que representa las Bodas de Canaan, tan lindamente pintado y en el que está vaciada literalmente la paleta de la escuela veneciana en los mil matices de los ricos trajes de emperadores y reyes; de princesas, sultanes, artistas y poetas.

Después de extasiarme en los cuadros de estos pintores sublimes, llena la imaginación de las mas gratas impresiones, nos dirigimos Pina y yo á las Cámaras, donde brilla el genio del príncipe de la pintura, que está colocado en los frescos que representan como

dije ántes: el *Incendio del Borgo*, *La Disputa del Sacramento*, etc.

Llegamos á la primera y me puse frenteal que representa al pontífice Leon saliendo, en union de su comitiva de cardenales y otros prelados, al encuentro de Atila, que invadia á Roma con un formidable ejército de bárbaros.

Confieso francamente que yo no conocia á Rafael hasta aquel instante como colorista, pues en lo general sus cuadros al óleo carecen de esta preciosa cualidad, excepto el de la *Sacra Familia* que está en el Louvre, y algun otro.

Al contemplar este magnífico fresco, recordé las apreciaciones de algunos artistas en órden á que el mérito real de Rafael, se habia de buscar en sus frescos y en las lógiás del Vaticano; efectivamente, esos revelan, además de las reconocidas cualidades que caracterizan á ese gran maestro en composición, dibujo, expresion y gusto y gracia en plegar un magnífico color, del que hay trozos tan verdaderos, que

pueden servir de modelo al mas hábil colorista.

Ví yo figuras tan bien pintadas, cabezas y partidos de pliegues tan naturales y verdaderos, con tanta espontaneidad y galanura, que parece que la misma fotografía los habia tomado directamente del natural: tanta así es la verdad que hay en todo, añadiendo el sumo gusto en la eleccion y la Estética que resplandece en cada una de las diversas partes y en el conjunto de esos frescos admirables!

Posteriormente he visto algunos fragmentos de ellos tomados en la fotografía, y si no hubiera sido porque ya yo los conocia y se veian sobre la superficie de la composicion algunas lacras y otras averías del tiempo, habria jurado que esos eran tomados del natural directo; tal era la verdad y vida de las cabezas y soltura de las ropas. Miraba y remiraba las fotografías y no me queria convencer de que eran reproducciones de los frescos; pero la majestad de las cabezas y figuras y el esquisito gus-

to y maestría con que estaban colocados los partidos de los pliegues, que esto rara vez ó nunca se mira en la naturaleza, acababan de convencerme del caso y no podia ménos de rendir homenaje al genio del artista.

Hacia algunos años que habia yo conocido las lógias de Rafael en grabado y habia visto tambien y admirado las lindas composiciones de los frescos; de color he visto muchas veces el de *la batalla de Constantino contra Maxencio*, que posee la Academia de San Carlos de México, muy bien copiada por nuestro pensionado Vázquez; pero ahora tuve ocasion de conocer el original. ¡Qué bello es y qué magistralmente compuesto y dibujado!

Figúrate, María, un cuadro de dimensiones colosales que llena el muro de un salon que tendrá veinticinco varas de largo. Son admirables los grupos de las figuras, su expresion de ira, de odio, de dolor y de las diversas pasiones que surgen del alma de los combatientes en el calor de la batalla: la

arrogante forma de los caballos que yacen en posiciones difíciles y escorizadas, especialmente el del bárbaro Maxencio, que saca la cabeza medio sofocado sobre la superficie de las revueltas aguas del Tíber, el corcel de Constantino que viene majestuoso, hollando masas de hombres y de caballos; finalmente, todos los episodios y menores detalles de una batalla, que convidan á contemplarlos y analizarlos uno á uno.

Segun se asegura, este gran cuadro fué compuesto y delineado por Rafael y lo pintó Julio Romano, su discípulo.

Ahora bien, si despues de admirar los frescos, alzamos la vista á ver los artesones de las cámaras y los espacios restantes de los muros, no quedaremos ménos abismados al ver en ellos multitud de objetos que la fantasía mas original y caprichosa ha colocado allí distribuidos en una ingeniosa ornamentacion; como figuras humanas, sátiros, faunos, sagitarios, aves de todas clases, peces, vasijas, plantas, flores, caballos marinos y otros séres fabulosos é inve-

rosímiles; pero colocado todo con arte y con el mayor gusto que se pueda imaginar..... en fin, con el genio y la poderosa inventiva de Rafael.

Yo admiro á Miguel Angel por su genio creador y universal que brilló esplendente en las tres artes mas difíciles: el artista florentino se reprodujo á sí mismo, porque las crónicas no refieren que hubiera sido la creacion de los maestros ni que hubiera calcado sus primeros procedimientos en manera alguna; si tuvo en los preliminares de cada una de las artes en que fué un fenómeno algun maestro que se los iniciara, éste quedó bien pronto ofuscado ante la irradiacion del genio creador, que fué como el sol que apaga el brillo intenso del astro de la noche; Miguel Angel se impuso á todos los pintores, escultores y arquitectos conocidos y sólo él daba leyes y hacia surgir de la nada un Juicio Final, un Moisés y una Cúpula de San Pedro..... Sin embargo, Rafael, aunque tuvo por maestro á Perugino, que á poco se inspiró de Leo-

nardo de Vinci y robusteció su estilo con Miguel Angel, es no obstante remarkable y conquistó el honroso epíteto de príncipe de los pintores, porque supo elegir el justo medio en todas sus obras que son mas conformes á la naturaleza aunque no toquen á la epopeya como las de Miguel Angel, pues destellan verdad, sencillez, buen gusto y sentimiento.

Despues de admirar las lógias de este maestro eminente y contemplar asombrado sus inimitables frescos, ¡que impresion tan desagradable experimenté al penetrar á la cámara donde sus cuatro muros conmemoran la *Declaracion Dogmática de la Concepcion de la Virgen por Pio IX*, en un fresco ejecutado por uno de los artistas notables de Roma! Si no hubiera yo visto ántes los frescos de Rafael, quizá habria yo encontrado buenas dotes artísticas en el de la *Declaracion Dogmática*; pero los ví primero y esta es la condenacion del último que, á la verdad, es en dibujo, color y composicion, muy inferior.

¿Por qué Podesti no eligió otro sitio anterior al de las cámaras de Rafael para haberse visto su fresco el primero, y no causar mal efecto despues con la comparacion?

Tal vez yo habria rehusado ejecutar esa pintura, perdiendo la oportunidad de guardar en mis arcas algunos miles de pesos á trueque de que mi cuadro fuera comparado desventajosamente por los millares de viajeros de todas las naciones que visitan el Vaticano.

Pasamos despues á otras cámaras que contienen las lindas tapicerías sacadas de los famosos cartones de Rafael, que cuelgan actualmente de los muros del Museo británico.

Todo el mundo conoce esos cartones, como que el grabado, la litografía y fotografía los han popularizado centenares de veces y se miran, igualmente, en libros, periódicos y otras publicaciones, y yo recuerdo que tú posees un tomo con todas las obras de Rafael, grabadas en una línea y allí están los cartones que volverás á ver, para exo-

nerarme del trabajo de hacerte su descripción.

Pasamos en seguida á la galería de las esculturas y tuve el gusto de ver allí el famoso grupo de Laoconte en su original griego, ejecutado por los inmortales artistas Alejandro, Polidoro y Athenodoro: quedé extasiado ante esta clásica escultura que brotó en los buenos tiempos de la Grecia, y no lo quedé ménos ante la egregia estatua del Apolo de Belvedere, del Dios que personifica el Sol, que preside á las musas con esa majestad que irradia en su bello semblante y cuya figura es el tipo de la hermosura varonil.

Estas dos admirables producciones del genio helénico, tienen sus cámaras separadas con un fondo de terciopelo carmesí.

El Torso de Belvedere, no ménos famoso, es otra maravilla, colocado sobre un zócalo en el centro del hemisférico.

Buena fortuna acompañó á Julio II en haber presidido á la época del hallaz-

go de estas obras clásicas de la Grecia.

Aunque á los papas se les deturpa porque no imitan al humilde pescador, sino que se han rodeado de las maravillas del arte para crearse una existencia sibarítica y opulenta; no obstante, en mi concepto, han prestado con esto un inmenso servicio al arte, aunque á costa de las cuantiosísimas rentas del mundo católico, pues solamente así y de ninguna otra manera, se pudieran haber obtenido objetos tan valiosos como difíciles de adquirir por los particulares y aun por los príncipes y reyes.

De esta manera, creo que todos los amantes de lo bello, los que admiran el arte en todas sus manifestaciones, deben elevar un voto de gracias á todos los pontífices que han gobernado la Iglesia, especialmente á algunos y, en primer lugar al gran Sixto V, cuyo infatigable celo por todo lo hermoso, por todo lo útil, brilla aún en los monumentos de Roma.

Suspendo por ahora esta materia,

María, que despues continuaré, para platicarte un poco sobre el fausto que emplean los papas en sus visitas á las iglesias ó en sus paseos por las calles de la ciudad.

Ya hemos hablado de la pompa con que Pio IX sale á la calle acompañado de su servidumbre en tres carrozas doradas, cincuenta coraceros bien montados á retaguardia y dos en descubierta.

Dirémos ahora dos palabras sobre la guarnicion y la guardia particular del papa: esta última se compone de una cincuentena de suizos, vestidos como de arlequines, que con su lanzon de nudos y su casco con chorrera blanca, se parecen á los mites de nuestros teatros en aquellas comedias de capa y espada.

El curioso traje ó uniforme de estos soldados semi-antiguos se compone de una chaquetilla ó armador con mangas bombachas, pantalon idem, hasta las rodillas; médias y chinelas; todo el vestido es de gajos á guisa de remiendos azules, amarillos y rojos. El casco es

un tanto á la prusiana y, en lugar de mosquete ó fusil, como se usa hoy, llevan una larga lanza.

En las grandes ceremonias ó fiestas, se ve á estos maniquís de la antigüedad feudal formando muy cerca de su Santidad.

Antes de hablar sobre la guarnicion de Roma te diré algo sobre la impresion que me causan los clérigos ó mejor dicho, sus graciosos trajes. Esta impresion, por mas dias que llevo de pasear las calles de la ciudad, no se minorá en mi y siempre me coje de nuevo y provoca mi hilaridad. ¿Has observado á la sota de copas en una baraja ó á uno de esos personajes del tiempo de Luis XIV que adornan algunos biombos? Pues haz de cuenta que miras la figura de uno de los curas ó clérigos que andan por las calles de la ciudad eterna. Levita larga, calzon corto, medias y chinelas con hebilla y sombrero tricornio: este es el traje que en medio del moderno de la demás gente, forma un paréntesis y recuerda involuntaria-

riamente que estamos en la ciudad de las antigüedades, en la capital conservadora por excelencia.

La guarnicion de Roma está compuesta de tropa de soldados del país, y dos legiones extranjeras de suavos y de caballería. Estos soldados que se titulan pontificios pueden constar de mas de mil hombres de todas las naciones.

No sé cómo ni de dónde ha brotado tanto príncipe, conde, marqués y baron para venir á la ciudad eterna y servir de soldados rasos como nuevos adalides de la religion; esto prueba que en Europa abunda el género. Hasta México ha contribuido con su contingente, pues hay aquí un príncipe que apenas es cabo en el escuadron de caballería, y ¿sabes quién es? El príncipe Iturbide, sobrino nieto del Emperador de este nombre, protegido por Maximiliano, que le reconoció su título y antes de su muerte lo recomendó á su hermano Francisco José, Emperador de Austria, que hoy le sigue dispensando su pro-

teccion y lo ha enviado á Roma para que sirva en las filas del papa.

No tienes una idea de lo que choca esta farsa á los que venimos de América y mas si se considera que estas legiones son inútiles hasta cierto punto, porque, ¿para qué sirven? ¿Acaso está amenazada la cristiandad por un ejército agareno ó algun nuevo Atila invade los Estados pontificios para lanzar al papa de su trono?

Reflexiones son estas que inclinan á considerar, que esta apariencia de fuerza papal compuesta de títulos y príncipes, es efecto del orgullo tonto de éstos por hacer alarde en sus países de que son en Roma soldados del papa, ó mas bien, es el resultado del fanatismo mas incalificable, cuando no pelagra la religion ni la Iglesia está amenazada en sus instituciones.

Dejemos á estos soldados de papá, sin quitarle el acento, ya que no podemos decirles de mamá, como se acostumbra en México á los de nueva introduccion, que estiran la pata en las

banquetas en tiempo de paz, y cuando oyen el primer tiro, van á esconderse debajo de la cama.

Ya que esta carta comenzó con la visita al Vaticano, primer palacio del mundo, sigamos hablando del del príncipe Doria, que tambien es muy notable en su fábrica arquitectónica, compuesto de tres grandes edificios unidos y elevados por los príncipes Pámfilí; el interior corresponde al exterior y las vastas galerías de pintura, atestiguan el esplendor del patricio que las hizo edificar.

Después de ascender por la gran escalera que tiene dos comparticiones, una para las galerías y otra para las habitaciones de la familia, se detiene el visitante ante la puerta de una de aquellas: toma el cordón de la campanilla y después de producir un sonido metálico, aparece el portero que en seguida da puerta franca al visitante.

Se comienzan á examinar los cuadros que hay en la primera sala, tomando de alguna mesa redonda ó con-

solas de mosaico ó de otra materia preciosa, una tablilla de madera de las varias que hay, con la lista numerada y nominal de las pinturas que contiene esa sala, con expresion del nombre de sus autores, y con dicha tablilla se revisan bien, sin quedar duda del asunto de cada obra.

Al dejar el salón se deja la tablilla, se entra á otro y toma la correspondiente, y así sucesivamente en todos.

Este método se observa en todos los museos de Roma, que sirve muy bien en lugar de catálogo.

Comenzamos á recorrer los cuadros y tuve lugar de conocer nuevos autores además de los que ya conocia; pero siempre pocos de la escuela española.

Habia en el Museo del palacio Doria algunos jóvenes sacando la copia de algunos cuadros, especialmente del Ecce-homo de Guercino y de otros autores muy conocidos.

A propósito de las galerías de Roma, debemos decir, que es grande la munificencia de los príncipes dueños de

esos ricos museos, en abrir sus puertas diariamente para que el público los visite y se recree con la vista de las obras maestras que allí se ostentan; lo es igualmente, que permitan á los jóvenes artistas de ambos sexos, entrar á estudiar, únicamente con un previo permiso que piden por escrito.

Esos potentados generosos, proceden muy diversamente que los pocos que en México poseen galerías de pinturas, que sólo ellos miran y tal vez ni ellos mismos, pues sólo guardan aquellas por ostentacion, como quien guarda una joya de mucho precio, pero sin conocer sus primores, sin servir ni á Dios ni al Diablo. Pero no digamos más del egoísmo de los particulares para abrir sus galerías al público, ni ménos admitir jóvenes que estudien en ellas; hablemos del de los gobiernos mexicanos en no establecer desde hace muchos años un Museo Nacional de pintura, cuando el estado actual de la capital y su categoría lo reclaman ya imperiosamente, siquiera para aparecer á los ojos de los

extranjeros con algun mas brillo de civilizacion, como lo practican todas las capitales de las naciones adelantadas.

Después de prestar un servicio inmenso á la patria dándole lustre á los ojos de las demás naciones con la ereccion de un museo de Artes, ¡cuánto adelantaria el buen gusto de los mexicanos con la vista diaria de las obras maestras del arte! ¡Cuánto provecho sacaria la juventud de ambos sexos teniendo un lugar donde ir á estudiarlas! y ¡cuánto mejorarían los escritores en sus juicios críticos sobre Bellas Artes, educando un poco su vista para escribir con acierto en lugar de la ligereza con que hay lo verifican!

En algunos artículos he excitado al Gobierno para que erija un Museo de Artes y una galería Nacional que guarde los episodios de nuestra historia, ántes de que se olviden y desaparezcan los elementos para poderlos formar; máxime cuando para el primero existen ya todas las preciosidades que guarda nuestra Academia de San Carlos y exis-

te tambien el mismo edificio y no se necesita sino separar las oficinas del estudio, poner dos ó tres empleados mas y darle el carácter de Museo público; pero los gobiernos de México han hecho orejas de mercader y parece que hacen alarde hasta de abatir el arte, patrocinando otras instituciones de ménos provecho y brillo para el país, como si las Artes no fueran de inmensa utilidad para la misma industria, y sobre todo un blason para la patria; como si los mexicanos que se dedican á ellas no fueran tan acreedores á la proteccion de los gobiernos como lo son los individuos que cultivan otros ramos; como si.... en fin, peor es menéallo; dejemos este asunto que los gobiernos de otra época comprenderán mejor y su misma cultura los impelerá á obrar como deben; vamos adelante.

El palacio Rospigliosi está fabricado sobre los restos de las Termas de Constantino, por Scipion Borghesse y pasó sucesivamente á los Bentivoglio y á los Mazarino.

Tiene este palacio una coleccion regular de pinturas y en la bóveda inferior del primer piso, se admira la célebre Aurora de Guido Reni, cuyo grabado tú tambien posees.

Una cosa me agradó, y ella prueba una vez mas el ingenio y el deseo de los propietarios de esos museos en prestar comodidades á los visitantes, y es: que como la pintura referida está ejecutada en la superficie de una bóveda, la misma incomodidad de tener la cabeza levantada, impediria gozar largo tiempo la vista de esta preciosa pintura; por lo que imaginaron poner unas mesas de cubierta inclinada con espejos; en la circunferencia de la sala, para ver sin dificultad reproducido el cuadro sin necesidad de levantar la cabeza.

El palacio Borghesse es uno de los mas grandes de Roma despues del Vaticano; posee una gran fachada y el patio está embellecido con ochenta y seis columnas que sostienen los arcos de los vastos corredores, que le dan un aspecto grandioso y singular.

Posee en los bajos exteriores, una serie prolongada de galerías llenas todas de obras de arte de casi todos los pintores conocidos.

Allí admiré un cuadro de la primera manera de Rafael que representa *la Deposición de Cristo*: las figuras son de dos tercios del natural y se ve en esta pintura todo el estilo del Perugino, maestro de nuestro artista. Conoci también el original de la simpática *Virgen de Sassoferratto*, cuyas copias de pintura y de grabado había yo visto en muchas partes. Es, en efecto, precioso ese cuadrillo por la inefable belleza del rostro de la Virgen y las manos perfectamente dibujadas.

Ví cuadros del Guercino, de Van-Dyck, de Rivera, de Rubens, de Lucas Jordan, de Sebastian del Piombo, etc., etc., y no es posible que te hable de cada uno de ellos en particular, mencionando sus cualidades y defectos, porque solamente he visitado una vez estas galerías y todo lo he visto en globo.

Se pueden considerar en Roma tres grandes museos particulares y mas ricos de obras de arte, que son: el Borghesse, del que venimos hablando, el de Doria y el Corsini.

El palacio Corsini es inmenso y está situado en la via Longara que une el extremo de Trastevere con la Villa Leonina; puesto en pié el espectador desde el medio de la calle, mirando al fondo, disfruta de un punto de vista seductor por la perspectiva de un bosque que se va elevando sobre una cima dilatada, en la que los príncipes Corsini se solazan en la cacería.

Ahora que se trata de príncipes, has de saber, que estos son mas numerosos en Roma que los condes, marqueses, etc.; los hay verdaderamente espléndidos y ricos, como los príncipes Colonna, Borghesse, Torlonia, Doria y otros; pero tambien hay algunos cuya riqueza consiste solamente en sus pergaminos y que no obstante se dan sus humos de príncipe como el que mas, aun cuando tengan el estómago vacío. Como los

verdaderamente ricos, tratan de manifestar la pompa y el exterior de éstos, comenzando por el portero, vestido de un largo leviton, sombrero tricorno con una pluma, baston de tambor mayor con el puño dorado y la gran barba hasta la cintura, y que, mas orgulloso que un pavo real, se pasea majestuosamente de un extremo al otro del zaguan.

La casa de un príncipe en Roma, solamente puede ser visitada por personas de igual categoría y le está vedado á cualquiera otro particular penetrar al *Sancta-Sanctorum* de estos nobles, compuestos en su mayor parte de viejos pergaminos.

Para que te convenzas, amiga mia, de lo que te digo sobre este particular, te voy á referir una anécdota que ha poco tiempo acaeció en esta ciudad.

A los pocos dias de legado á ella nuestro apreciable compatriota N., se presentó en la casa de los banqueros Spada y Famin para cobrar una letra: despues de terminado este acto, preguntó el señor N. á qué hora se podría

hallar en casa el príncipe Torlonia para hacerle entrega de una carta que le llevaba de una persona de México. Al oír esto el banquero, preguntó:

—¿El señor es príncipe ó tiene algun otro título para poder penetrar á la casa del señor Torlonia?

El señor N., ofendido por esta pregunta, respondió irónicamente:

—Caballero, usted sabe que en México somos republicanos y yo no tengo mas título que los tres millones que heredé de mi padre.

Al oír esto Flamin, abrió tantos ojos, á la vez que se despedía el señor N., que se propuso no entregar ya personalmente la referida carta.

Debes pensar, María, que la nobleza de Roma en su mayor parte es clerical, es decir, que descende de los papas, cardenales y otras dignidades de la Iglesia, y como éstos han sido muy numerosos, Roma está atestada de príncipes, condes, marqueses, barones y tal vez de otros títulos que ignora el que ha nacido en países republicanos.